

cepción liberal. No es una teoría política, sino metapolítica. Si la libertad es el ideal moral de la humanidad, y, por tanto, el valor de civilización por excelencia —recuérdese su distinción entre valores de cultura y valores prácticos— en función del cual, por tanto, la humanidad se enriquece y se perfecciona, es claro que la libertad históricamente no es legada a ésta o aquella clase económica o política (Croce combatía el concepto de libertad como expresión del ideal burgués), sino que es patrimonio de aquella parte de la humanidad a la cual es asignado el oficio y la responsabilidad de defender y promover los valores de la civilización, y como tal, tiene la «dirección de la sociedad», es decir, de los hombres de cultura. De aquí esta otra idea: si el liberalismo es un ideal moral, si se quiere denominar así a un partido político, éste tendrá que ser «el partido de los hombres de cultura».

No debe olvidarse —advierte, finalmente, Bobbio— que en los años de dictadura personalizó aquella misión del doctor que él había proclamado, la del intelectual que realiza su parte en la Historia en cuanto portador de la fuerza no política, que la política no puede suprimir nunca radicalmente, porque resurge siempre nueva en el pecho del hombre, y con ella habrá de contar siempre la buena política.—
I. PEDRO PASTOR.

COLE (G. D. H.): *La structure des classes en Grande-Bretagne à 1951*, en «*Cahiers Internationaux de Sociologie*», París, vol. XVI, enero-diciembre 1954.

El profesor Cole, de la Oxford University, realiza un minucioso estudio estadístico en este trabajo, tomando como base el censo nacional de 1951, cuya clasificación advierte que todavía, a su juicio, es deficiente en cuanto a la sistematización de las categorías profesionales y sociales del conjunto de los ciudadanos. El examen atento de las cifras y de los resultados de la clasificación establecida por los organizadores de dicho censo, revela que, por cada cien personas activas, hay aproximadamente en Inglaterra un empleado importante o un dirigente económico importante; y dos o tres son admi-

nistradores o gerentes —*managers*— de un nivel más bajo, así como otros pequeños directivos, comprendidos entre ellos pequeños agricultores y comerciantes. A continuación de esta categoría de cuadros económicos o *managers* figura la de cuadros intelectuales —*professionals*—, que comprende nueve o diez de cada cien personas activas de la nación. Abarcan dichos cuadros intelectuales un conjunto no demasiado homogéneo de profesiones, que comprende desde las liberales superiores hasta los grupos subalternos, en los que figuran, por ejemplo, los preceptores y las enfermeras tituladas. Resulta difícil ponderar las diferentes especialidades profesionales dentro de unos y otros grupos con arreglo a niveles bien definidos, por esta escasa diferenciación que resulta dentro de las grandes categorías establecidas. Dos o tres de cada cien ingleses activos son *agents de maîtrise* de un grupo o de otro, y especialmente contra maestros e inspectores o revisores —*controleurs*—. Cinco, con niveles de renta extremadamente variables, son considerados como trabajadores «independientes»; y ocho o nueve empleados subalternos o mecanógrafos.

Aparte del conjunto que representan los grupos incluidos en las anteriores categorías, los cuales comprenden un 30 por 100 aproximadamente de la población activa censada, y quizás lleguen a suponer un tercio de la misma, quedan los dos tercios restantes. Entre estos últimos pueden distinguirse todavía cuatro o cinco vendedores de comercio y algunos otros trabajadores no manuales. El resto, un 60 por 100, por lo menos, y en proporciones aproximadamente iguales, obreros de cada uno de los cuatro niveles previstos para la clasificación: plenamente calificados, bastante calificados, semicalificados y no calificados.

El trabajo ofrece una perspectiva de conjunto tan convincente como sugestiva, en todo lo que hace referencia a la relación proporcional de los grupos sociales que intervienen en la estructura social británica. No obstante, advierte el autor que en la estimación general que ha podido formular, no se tienen en cuenta factores de complicación suplementarios, tales como el de los jóvenes trabajadores, cuya oscilación de unas a otras categorías sociales es notable en Inglaterra, sobre todo en

sentido ascendente; incluso teniendo en cuenta que la fluidez social de Gran Bretaña es mínima en comparación, por ejemplo con la de Estados Unidos.

Uno de los problemas de fondo que afronta el estudio del profesor Cole es el de la relación entre las nociones de profesión y de clase social. De una parte, se da el criterio simplista del marxismo, que clasifica a todos los que en la sociedad no son capitalistas, es decir, burgueses, o bien proletarios, en su cajón de sastres de la pequeña burguesía, en realidad mero residuo sociológico del pasado. De otra, destaca el hecho, de importancia creciente, de que otra pequeña burguesía, compuesta de técnicos y gerentes asalariados, independiza el escalón inferior de estos grupos y queda interpuesta, a su vez, entre los capitalistas y el proletariado.

Hay casos, ciertamente, en que la profesión indica con claridad la posición del trabajador en la estructura de clases —un obrero agrícola, un mecánico de locomotora, un tipógrafo, un profesor de Universidad, un director de mina o un almirante—. Aunque existen en estos grupos las diferencias consiguientes de nivel social y de renta, de hecho al designar las respectivas actividades casi se hace tanta referencia

a la clase como a la profesión. Hay términos profesionales, en cambio, que no dan ninguna indicación clara respecto a la clase: panadero, sastre o peluquero, son conceptos que lo mismo pueden designar un comerciante que un obrero manual asalariado. Además, existen profesiones cuyos miembros pueden pertenecer a clases sociales muy diferentes: tal cosa ocurre con los jefes de estación ferroviaria de grandes centros o capitales y los de pequeños pueblecitos; con comerciantes, agricultores, periodistas, artistas o miembros de la profesión docente.

Sin embargo, el profesor Cole estima que caen en el error opuesto los que han pretendido —por una reacción exagerada contra el excesivo formalismo marxista— negar todo vínculo entre las clases y las categorías profesionales, centrandó aquéllas sobre grupos esencialmente sociales o de «prestigio» y negando su relación con la situación de los grupos de trabajo en el proceso de la producción; dado que la gran mayoría de los que pertenecen a un gran número de grupos profesionales pueden ser situados de manera precisa en términos de clase, aunque esta regla general pueda ofrecer excepciones no desdeñables.—MANUEL LIZCANO.

F) CIENCIA Y TECNICA JURIDICA

STANKA (Rudolf): *Vom Ursprung Rechtlicher Erkenntnis*. «Archiv für Rechts-und Sozialphilosophie», XLI, 1, 1954 (págs. 19-31).

El autor se plantea el problema de cómo es posible conocer el ser del derecho y cómo es posible la ciencia jurídica en general. Basándose en el contenido, no en la forma del derecho, trata de explicar que el problema del origen del conocimiento jurídico es cuestión de la razón práctica, en tanto que ésta estimula al hombre a la reflexión intelectual. El objeto de reflexión propio de la razón práctica es el campo de lo social, al cual está el hombre ligado en virtud de ella misma.

Parte Stanka del carácter normativo del derecho. Cada norma, cada deber ser está, sin embargo, fundado sobre la razón práctica y no sobre la teoría, lo

cual ya demuestra lo erróneo que es cualquier intento de solucionar el problema del derecho con el aparato conceptual ofrecido en la crítica de la razón pura.

La razón práctica está fundada necesariamente en la conciencia del propio ser. Lo importante es que ésta, como señaló Kant, no es sólo práctica (trascendental), sino también empírica. En ella se encuentran los dos conceptos: experiencia y voluntad. La conciencia empírica del propio ser es la multitud de recuerdos que se nos presentan en la conciencia como reflejo de nuestra vida. Nosotros los relacionamos todos con un punto, o mejor una línea que llamamos el yo. La función de este yo es la unificación de nuestros recuerdos. Sin el yo, nuestros recuerdos se dispersarían. Así, el yo es condición previa para todo pensar ordenado y, por tanto, de cualquier vida intelectual. Tam-